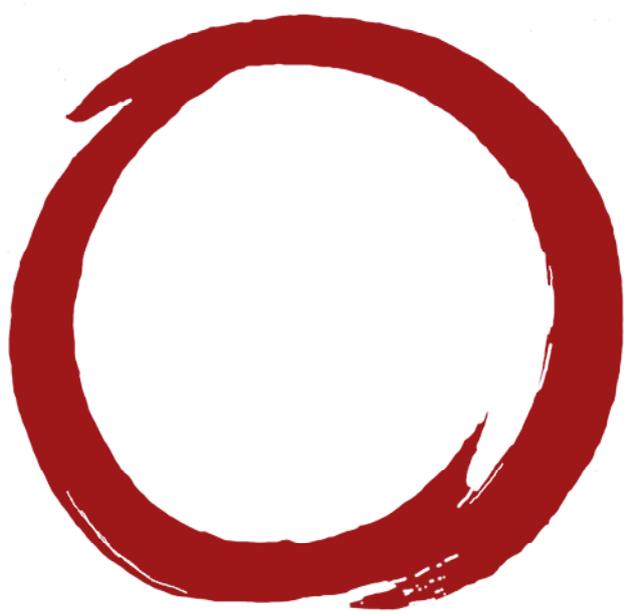


BRUNO SCHULZ

Los pájaros | La noche
de la gran estación



Maldoror



BRUNO SCHULZ

**Los pájaros
La noche de la gran estación**

**Traducción:
Jorge SEGOVIA y Violetta BECK**

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:
Ptaki; Noc wielkiego sezonu
(texto extraído de *Sklepy cynamonowe*)
Wydawnictwo Literackie, Kraków 1973

© Primera edición: 2003
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 10 : 84-607-8765-6

MALDOROR ediciones, 2003
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

ÍNDICE

Los pájaros	7
La noche de la gran estación	15



LOS PÁJAROS

Habían llegado los días del invierno, días de un ocre calcinado y llenos de tedio. La tierra con sus tonalidades herrumbrosas había sido cubierta por un exiguo manto de nieve, ahora perforado y disminuido. La nieve no llegó a cubrir todos los tejados, pues algunos aún seguían viéndose negros y bermellones, cuyos techos de maderas arqueadas encerraban ahumados desvanes, semejantes a sombrías catedrales abrazadas por nervaduras de bóveda hechas de cabrios y vigas: oscuros pulmones de los vientos invernales. Cada nueva aurora desvelaba otras chimeneas, crecidas durante la noche, hinchadas por los vientos nocturnos, negros registros de órganos mefistofélicos. A los deshollinadores les costaba desalojar a las cornejas que, como hojas negras con vida propia, se posaban al anochecer en las ramas de los árboles, cerca de la iglesia, levantando el vuelo de allí con un batir de alas y regresando después, para posarse de nuevo cada una en su rama y en su sitio, volando en bandadas por la mañana: nubes de humo oscuro, copos de hollín ondulantes y fantásticos que manchaban con un graznido desigual los destellos azafranados de la aurora. Los días se endurecían de frío y aburrimiento, al igual que los panes del año pasado. Se cortaban con cuchillos mellados, con desgana, en una perezosa somnolencia.

Mi padre ya no salía de casa. Mientras encendía las estufas de carbón estudiaba la naturaleza insondable del fuego, experimentaba el gusto metálico y salado, el olor

ahumado de las invernosas llamas, la fría caricia de las salamanquesas que lamían el hollín brillante en la gayola de la chimenea. Mi padre llevaba a cabo con esmero todo tipo de reparaciones en las partes altas de la casa. A todas horas podía vérselo encaramado, mal que bien, en lo alto de una escalera, arreglando algo en el techo, en las cornisas de las altas ventanas, en los contrapesos y cadenas de las lámparas colgantes. Utilizaba –igual que los pintores– la escalera como unos enormes zancos; se encontraba a gusto en aquella perspectiva de pájaro, cerca de un cielo pintado, de un techo decorado con arabescos y pájaros. Cada vez se alejaba más de la vida práctica. Cuando mi madre, inquieta y preocupada por su estado, se esforzaba por interesarlo en una conversación seria sobre nuestros asuntos, sobre el pago del plazo *ultimo*, mi padre la escuchaba distraídamente, lleno de inquietud, dejando ver un latido de crispación en aquel semblante cuya mirada se extraviaba en algún punto. En ocasiones la interrumpía con un gesto conminatorio para correr después hacia un rincón de la estancia y pegar su oído a una rendija del suelo, y permanecer de ese modo, a la escucha, levantando los índices de ambas manos, dando a entender de esa manera la importancia incontestable del asunto. Por esa época aún no nos dábamos cuenta del triste fondo de sus extravagancias, el deplorable delirio que maduraba en su interior.

Mi madre no tenía ninguna influencia sobre él, aunque sin embargo mi padre demostraba admiración y sumisión hacia Adela. La limpieza de la habitación era para él un ritual importante al que no dejaba nunca de asistir, siguiendo los quehaceres de Adela con un encontrado sentimiento de temor y voluptuosidad, atribuyendo a cada uno de sus gestos un profundo y simbólico significado. Cuando Adela, con un ímpetu juvenil y decidido comenza-

ba a pasar el cepillo de mango largo por el suelo, no podía resistirlo: las lágrimas acudían entonces a sus ojos, una leve sonrisa aparecía en su semblante, y su cuerpo era sacudido por un voluptuoso espasmo. Su hipersensibilidad a las cosquillas casi lo trastornaban: bastaba que Adela agitase un dedo ante él imitando la acción de hacerle cosquillas, para que huyera lleno de un tremendo pánico, atravesando todas las habitaciones y cerrando ruidosamente las puertas tras de sí. Al llegar a la última habitación caía de bruces sobre la cama y se retorció allí con una risa convulsa, provocada por una imagen interior que no lograba dominar. De ese modo, Adela tenía sobre él una autoridad casi ilimitada.

Fue entonces cuando nos dimos cuenta, por primera vez, que mostraba un interés apasionado por los animales. Al principio se trataba de una pasión tanto de artista como de cazador; quizá fuese, también, una profunda simpatía zoológica de una criatura por formas de vida diferentes, que le permitían experimentar en los registros no probados de la existencia. Más tarde, el asunto adquirió un sesgo contra natura, fantástico y complicado, esencialmente pecaminoso, y que mejor sería no desvelar públicamente.

Aquello comenzó cuando hizo incubar los huevos de pájaro.

Con grandes dificultades, y mucho gasto, consiguió que le enviaran desde Hamburgo, desde Holanda y algunas estaciones zoológicas africanas, huevos que dio a incubar a enormes gallinas belgas. A mí también me apasionaba asistir al nacimiento de aquellos seres de fantásticas formas y colores. Era imposible imaginar en aquellos pequeños monstruos, cuyos enormes picos se abrían, increíblemente, desde el momento de nacer, con un piar glotón que salía del fondo de sus gargantas, en aquella especie

de reptiles de cuerpos jorobados, débiles y desnudos, a los futuros pavos reales, faisanes, cóndores o urogallos. Inmersa aquella camada de dragón en cestas algodoadas, los animales estiraban sobre sus delgados cuellos las ciegas cabezas, con los ojos cubiertos por una finísima telilla blanca, y contraían sus gáznates con un chillido débil y sofocado. Mi padre, protegido con un mandil verde, se movía a lo largo de aquellos anaqueles, como un jardinero en un invernáculo de cactus, y hacía salir de la nada aquellas vejigas cerradas en las que palpitaba la vida, aquellas neonatas barrigas que únicamente percibían el mundo exterior bajo su aspecto comestible, aquellos brotes que se dirigían a tientas y a ciegas hacia la luz. Algunas semanas más tarde, cuando aquellos capullos ciegos de vida se abrieron a la luz, los nuevos habitantes llenaron las estancias con un gorjeo multicolor, con un piar centelleante. Se aposentaron en los rieles de las cortinas, en las cornisas de los armarios, anidaron en los arabescos y en los brazos de estaño de las grandes lámparas de araña que colgaban del techo.

Cuando mi padre se ponía a la tarea de estudiar los densos manuales de ornitología y hojeaba sus láminas de colores, parecía que de aquellas páginas salían fantasmas que llenaban la habitación con sus aleteos abigarraados, con pinceladas purpúreas, escamas zafíreas, verdigris y argentadas. Cuando se les echaba la comida, los pájaros formaban en el suelo un arriate oscilante, lleno de colores, una alfombra viva, que descomponía su forma cada vez que alguien irrumpía en aquel espacio, dispersándose como semovientes flores, y, finalmente, acababan por instalarse en los lugares más altos de la estancia. Me ha quedado especialmente grabado en la memoria un cóndor, enorme pájaro, con el cuello desplumado, la faz cuarteada y cubierto de excrecencias. Era un asce-

ta delgado, un lama budista que conservaba en todo su comportamiento una imperturbable dignidad y que observaba el rígido protocolo de su noble raza. Cuando se situaba frente a mi padre, inmóvil en una actitud hierática de divinidad egipcia, con sus ojos cubiertos por un velo blanquecino que utilizaba para tapar su pupila y encerrarse en la contemplación de su quintaesenciada soledad, parecía, con su pétreo perfil, el hermano mayor de mi padre: tanto el cuerpo como los tendones y la piel dura y cuarteada eran del mismo tejido, tenían la misma faz huesuda y reseca, las mismas órbitas profundas con su gruesa córnea. Incluso las manos de mi padre, largas, delgadas, nudosas, con las uñas muy arqueadas, se parecían a las garras del cóndor. Al ver al pájaro dormido de ese modo no podía evitar la impresión de encontrarme frente a la momia reseca, aunque reducida, de mi propio padre. Creo que esa extraordinaria semejanza tampoco se le escapó a mi madre, aun cuando entre nosotros nunca llegásemos a tocar ese tema. Es significativo que tanto mi padre como el cóndor utilizasen el mismo orinal.

No contento con hacer incubar nuevas especies, mi padre organizaba bodas de pájaros en el desván; llevaba allí a los pretendientes, ataba en los rincones y las grietas del armazón del techo a las sumisas y lánguidas novias; finalmente, el tejado de la casa, un amplio tejado de doble declive, se convirtió en un verdadero albergue de pájaros, en un arca de Noé que contenía los distintos tipos de criaturas provenientes de los países más lejanos. Mucho tiempo después de que la cría de pájaros hubiese llegado a su fin, aquella tradición de nuestra casa se mantuvo entre las criaturas aladas, y, en la época de las grandes migraciones primaverales, seguían abatiéndose sobre nuestro tejado nubes de grullas, pavos reales, pelícanos y otras especies de pájaros.

Después de un breve período de esplendor, aquella hermosa empresa tomó un giro lamentable. Al poco tiempo se hizo necesario trasladar a mi padre a dos habitaciones del desván que se utilizaban como trasteros. Al amanecer, comenzaba a llegar desde allí el clamor de la voz de los pájaros. A consecuencia del eco que propiciaba el espacio vacío bajo los techos, las paredes de madera de las habitaciones del desván resonaban con la algarabía, los cantos, el batir de alas y las amorosas llamadas y gorjeos. De ese modo perdimos de vista a mi padre durante varias semanas. Pero, de vez en cuando, bajaba, y entonces podíamos darnos cuenta de que había empequeñecido y adelgazado. En ocasiones, al perder el control de sí mismo, saltaba de la silla y, agitando los brazos como si fuesen alas, emitía un prolongado canto mientras se le velaban los ojos, después de lo cual, turbado, unía su risa a la nuestra y trataba de bromear sobre lo ocurrido.

Un día, durante una limpieza general, Adela irrumpió de manera inesperada en el reinado de pájaros de mi padre. Nada más abrir la puerta, se vino abajo a causa del nauseabundo hedor con que los excrementos que cubrían el suelo, las mesas y el resto del mobiliario impregnaban el aire. Sin dudarle, abrió la ventana y moviendo una larga escoba arremolinó aquella masa de pájaros. Se formó un infernal tumulto de plumas, alas y chillidos, y Adela bailaba la danza de la destrucción como una ménade enloquecida agitando el tirso que llevaba en la mano. Mi padre, tan asustado como los mismos pájaros, levantaba los brazos e intentaba emprender el vuelo. Poco a poco aquel tumulto de alas desapareció, y, en el campo de batalla, sólo quedó Adela, fatigada y jadeante, y mi padre, con una expresión afligida y avergonzado, dispuesto a aceptar su completa derrota.

Poco después, mi padre descendió lentamente de sus dominios: hombre derrotado, rey en el exilio que había perdido su trono y su reino.



LA NOCHE DE LA GRAN ESTACIÓN

De todos es sabido que tras una serie de años normales y corrientes nacen a veces en el seno del tiempo otros años, insólitos y desnaturalizados, años en los que crece, como un sexto dedo de la mano, un falso mes: el mes decimotercero.

Y decimos que es falso, porque en muy raras ocasiones alcanza la madurez, y, como los niños engendrados tardíamente, ese mes se rezaga en su crecimiento –mes jorobado–, brote que se marchita hacia la mitad de su desarrollo, y más imaginario que real.

Así, de ello debemos culpar a la incontinencia senil del verano, a su lujuriosa y tardía vitalidad. En ocasiones sucede que, una vez transcurrido el mes de agosto, el viejo tronco del estío sigue eyectando, como por costumbre, desde el fondo de su carcoma esos días-brotes tardíos, días-cizaña, yermos y estúpidos, y por añadidura ofrece sin venir a cuento días-mazorca, vacíos e incomedibles, blancos, sorprendidos e inútiles.

Tales días brotan irregulares y desiguales, malformes y unidos entre sí como los dedos de una ínfima mano necrosada, apenas insinuados y doblados sobre sí mismos.

Hay quien compara también esos días con los apócrifos hilvanados de manera subrepticia entre los capítulos del gran libro del año, con los palimpsestos introducidos secretamente entre sus pliegos, o bien con esas páginas en blanco, sobre las que los ojos saciados de lecturas y

colmados de contenido pueden derramar imágenes y colores, cada vez más palidecidos, para desvanecerse finalmente en la nada antes de que una vez más se impliquen en los laberintos de nuevas historias y nuevos capítulos.

¡Ah, esa vieja novela amarillecida del año, ese inmenso y devastado libro del calendario! Ese libro permanece olvidado en los archivos del tiempo, mientras su contenido sigue creciendo entre las tapas, alimentado por el incesante monólogo de los meses, por la invasión prodigiosa de las ficciones, la fabulación y los delirios que sin pausa brotan en su interior. Ah, al compilar esos relatos, al ordenar esas historias acerca de mi padre en los gastados márgenes del texto, ¿acaso no abrigo la secreta esperanza de que pasen a formar parte algún día, imperceptiblemente, de las páginas amarillecidas del más espléndido Libro, que, poco a poco se va haciendo jirones, de que participen de la urdimbre y el gran murmullo de sus páginas donde acabarán absorbidas?

Aquello que vamos a narrar ocurrió en ese mes decimotercero, mes suplementario, y, en cierto sentido, falso mes de ese año, sobre algunas páginas en blanco de la gran crónica del calendario.

Las mañanas entonces eran extrañamente frescas y desabridas. En el tranquilo discurrir de ese tiempo más frío, que ponía en el aire un olor completamente nuevo y una diferente consistencia en la luz, se podía reconocer que habíamos entrado en otro ciclo de días, en una nueva era del Año del Señor.

Bajo esos nuevos cielos la voz resonaba clara, como en una casa nueva y aún vacía, con olores a barniz y pintura, a cosas recién desenvueltas y todavía no usadas. Con una extraña emoción se ensayaba el nuevo eco, se probaba

con curiosidad, como se hace con un pastel –una fresca mañana de rocío– antes de un viaje.

Mi padre estaba una vez más en la trastienda, sentado en el buró de una exigua pieza, diseccionada como un panel de numerosas celdillas de ficheros, que rebosaba de capas de papel, cartas y facturas. Del roce de las hojas de papel, del incesante hojear de páginas crecía la existencia vacía y cuadrículada de aquel cubículo, del continuo desplazamiento de pliegos se reflejaba en el aire –a partir de un sin fin de nombres comerciales–, una apoteosis en forma de ciudad industrial, a vista de pájaro, erizada de humeantes chimeneas, rodeada de innumerables rótulos y apresada en los pomposos rasgos de los *et y Comp.*

Mi padre se encontraba allí –como en una pajarería–, sentado en un alto taburete, y los palomares-ficheros zureaban con los pliegos de papel y todos los nidos y jau-las estaban llenos del gorjeo de las cifras.

El fondo de la espaciosa tienda se iba haciendo –día tras día– más oscuro, a la vez que se enriquecía con nuevas provisiones de paños, cheviots, terciopelos y panas. Sobre los sombríos anaqueles –graneros, silos de frescor y abigarrado colorido– maceraba poco a poco aquella provisión de paños y aumentaba el capital añejo del otoño. Allí crecía y maduraba y se diseminaba, cada vez más expansiva, hasta que los anaqueles llegaron a parecer filas de paraíso de un enorme teatro. Cada mañana, se veía aumentada por nuevas entregas de material que –en cajas y fardos– portaban sobre sus colosales hombros mozos barbudos y jadeantes, que transpiraban un aura otoñal mezclada con vodka. Los dependientes sacaban aquellas nuevas provisiones de abigarrados colores, y, con las mismas, llenaban todos los recovecos de los altos anaqueles. Aquello conformaba una inmensa gama

de todos los colores otoñales, colocados por capas, saturada de matices, que subían y bajaban de tono como en una escala musical, a través de las octavas de color. Empezaba en la parte más baja, ensayando tímidamente los semitonos desvaídos de la contralto, pasaba al color ceniciento de la lejanía, al verde y azur de los gobelinos, y, después, ascendiendo en acordes cada vez más amplios, llegaba a los oscuros azul marino, al índigo de las selvas lejanas y al suave aterciopelado de los rumorosos parques, y, finalmente, a través de todos los ocre, sanguinas, bermejos y sepías, entraba en la susurrante umbrosidad de los jardines que se marchitan, y descendía hasta el oscuro olor de las setas, el aliento de la carcoma en el fondo de la noche otoñal, el acompañamiento de los bajos más oscuros.

Mi padre pasaba revista a ese arsenal de tejidos otoñales, calmaba e imponía silencio sobre aquella mole, sobre su fuerza creciente y el aún domeñado caudal de la Estación. Deseaba mantener intacta el mayor tiempo posible aquella provisión almacenada de colores. Temía romper aquel precinto de seguridad del otoño, cambiarlo por dinero. Aunque presentía que el viento otoñal y devastador –un viento tibio–, llegaría en algún momento, arremetiendo sobre los armarios que cederán entonces irremediablemente, y que nada podría contener los arroyos de colores que en un instante acabarían inundando toda la ciudad.

Se acercaba el momento de la Gran Estación. Las calles se animaban. A las seis de la tarde la ciudad adquiría un ambiente febril, las casas –con el sol poniente– se revestían de una tonalidad carmesí, la gente deambulaba animada por un fuego interior, que ponía en sus rostros colores vivos, y una fiebre festiva, bella y maliciosa hacía brillar sus ojos.

Las calles recónditas de la ciudad, los silenciosos callejones que ya perdían el pulso de las horas, estaban vacíos. Tan sólo los niños se entregaban a sus juegos –bajo los balcones de las plazoletas–, de manera ruidosa y alocada, hasta perder el aliento. Acercaban a sus labios pequeños globos a fin de llenarlos de aire, sugestionándose con la posibilidad de llegar a una metamorfosis fantástica de ellos mismos, ora como máscaras de pavos enardecidos, ora como máscaras de estúpidos gallos rojos, máscaras coloreadas del otoño, tan ilusorias como disparatadas. Parecía que hinchados y piando, iban a levantarse en el aire formando una larga trenza de colores, y que volarían sobre la ciudad como bandadas de pájaros migratorios: extraña y fantástica flotilla de papel de seda y tiempo otoñal. O, tal vez, en medio de una algarabía, se desplazarían sobre pequeños carros chirriantes, cuyos ejes, radios y ruedas sonaban con un colorido traqueteo. Colmados con sus gritos, esos pequeños carros descendían por la empinada calle hasta el río oropimentado por el atardecer, en el que acababan destrozándose con estruendo y finalmente quedaban reducidos a discos, estacas y varillas.

Y mientras los juegos de los niños se hacían cada vez más ruidosos y embrollados, mientras la ciudad era tomada por un sombrío color púrpura, todo comenzó súbitamente a marchitarse y ennegrecer exudando un crepúsculo alucinatorio que lo contaminaba todo. Esa epidemia del crepúsculo se expandía rauda, venenosa y traidora, y todo lo que entraba en contacto con ella acababa por contaminarse, y bastaba con que sólo rozara algo para que se pudriese, convirtiéndose en un montón de ceniza y humus. La gente huía del crepúsculo en medio de un pánico sombrío, mas aquella inmisericorde lepra les alcanzaba y hacía surgir en sus frentes brotes oscuros,



y entonces perdían sus rostros que caían al suelo y se convertían en manchas grandes y amorfas, y, si proseguían su huida, lo hacían ya sin rasgos, sin ojos, perdiendo por el camino máscara tras máscara, de tal modo que el crepúsculo bullía de esas larvas abandonadas, que se dispersaban en el aire mientras huían desesperadamente. Entonces todo comenzó a cubrirse con una corteza negra y carcomida, de pútridas costras de oscuridad. Mientras bajo el cielo todo se descomponía raudamente entre el pánico, diluyéndose en un silencioso nirvana, en la mismísima bóveda celeste surgía un iluminado arrebol, estremeciéndose con la apagada melodía de un sin fin de campanillas, palpitando por el vuelo de una bandada de invisibles alondras, que volaban juntas hacia un solo infinito innombrable y plateado. Después, caía súbitamente la noche –una noche sin fondo e ilimitada–, atravesada por ráfagas de viento. Esa noche laberíntica desvelaba nidos luminosos: tiendas –grandes linternas de colores–, colmadas de mercancía y del rumor de los clientes. A través de los iluminados cristales de esas linternas se podía seguir el ruidoso y extraño ceremonial de las compras otoñales.

La gran noche otoñal y ondulante, crecida de sombras, dilatada por los vientos, contenía en sus pliegues oscuros bolsillos luminosos, saquitos con chucherías abigarradas, chokolatinas de colores, pastelillos y baratijas coloniales. Esos tenderetes y casetas, armados con cajas de confitería, de interiores forrados con envoltorios de chocolate, abarrotados de pastillas de jabón y vistosa pacotilla, de doradas fruslerías, de argentadas papelinas, de trompetas, barquillos y pastillas de menta, eran el punto de encuentro con la frivolidad, como alegres cascabeles diseminados sobre el tejido de la inabarcable noche laberíntica sacudida por los vientos.

La abigarrada muchedumbre se desplazaba a través de la oscuridad, en confusa batahola, entre el rumor de miles de pasos y el susurro de miles de bocas: peregrinaje hormigueante y enmarañado por las arterias de la ciudad otoñal. Así discurría ese río, crecido de algazara, de sombrías miradas, –miradas de soslayo, y maliciosas–, de conversaciones entrecortadas, enorme babel de chismorreos, risas y tumulto.

Parecía como si cabezas de otoñales y secas adormideras –cabezas-cascabel, hombres-matraca–, perdiendo ya sus semillas, se hubiesen puesto en movimiento.

Mi padre se movía nervioso por la tienda iluminada, con rubor en las mejillas y los ojos brillantes, y escuchaba.

Los lejanos ruidos de la ciudad y el rumor de la muchedumbre desplazándose llegaban hasta allí, a través de la puerta y los cristales del escaparate. La clara llama de una lámpara de petróleo suspendida de la alta bóveda, ardía en el silencio de la tienda, expulsando la menor huella de sombra de recovecos y rendijas. El amplio y vacío suelo crujía en el silencio, y, bajo aquella luz, contaba a lo largo y a lo ancho el tablero de sus cuadrados que hablaban entre sí mediante chasquidos, que, aquí y allá, encontraban la respuesta de otros. Mientras tanto, los paños permanecían en el silencio, mudos, en su velina quietud, y, a espaldas de mi padre, se intercambiaban miradas a lo largo de las paredes, y –de un anaquel a otro– se enviaban silenciosas señales de entendimiento.

Mi padre aguzaba el oído. Su oreja parecía alargarse desmesuradamente en aquel silencio nocturno y ramificarse más allá de la ventana: coral fantástico, pólipo rojo y ondulante en la noche abisal.

Insistía en su escucha. Oía con creciente inquietud cómo se aproximaba aquella marea humana. Con pavor, miraba en torno la tienda desolada. Buscaba a los dependien-

tes. Pero aquellos ángeles rebeldes y pelirrojos habían volado. Él se había quedado solo, temeroso de que la muchedumbre anegara en un instante el silencio de la tienda y se repartiese, en subasta, la abundancia del otoño fervorosamente acumulada en aquel silo desde hacía largos años.

Mas, ¿dónde estarían los dependientes? ¿Dónde se encontrarían aquellos hermosos querubines que tenían que defender las oscuras barricadas de paño? Mi padre pensaba con dolor, y sospechaba, que los dependientes pecaban en algún lugar recóndito de la casa con las hijas de Caín. Mi padre, con brillo en sus ojos, inmóvil y lleno de preocupación, en el silencio luminoso de la tienda, presentía todo lo que estaba ocurriendo en el interior de la casa, en las estancias de aquella enorme linterna de colores. La casa se abría ante a él, estancia tras estancia, pieza a pieza, como un castillo de naipes, y veía cómo los dependientes corrían tras Adela a través de todas las habitaciones vacías e iluminadas, ora escaleras abajo, ora escaleras arriba, hasta que consiguió escapar de los dependientes, refugiándose en la cocina y levantando una barricada con el aparador.

Adela permanecía allí, jadeando, resplandeciente y divertida, sonriendo y batiendo el aire con sus largas pestañas. Los dependientes, contenían su risa agachados ante la puerta. La ventana de la cocina estaba abierta a la profunda noche, atravesada de sueños y fantasmagorías. En los oscuros cristales de las ventanas semiabiertas reverberaba el destello de una lejana iluminación. Cántaros y cacerolas, ya bruñidas y dispuestas cada una en su sitio, brillaban con su graso esmalte en el silencio. Adela asomaba cautamente su rostro maquillado por la ventana, escudriñando la noche. Con la mirada buscaba a los dependientes en el sombrío patio, temiendo una encerro-

na. Y, súbitamente, los vio moverse con precaución, uno tras de otro, sobre una estrecha cornisa a la altura de la ventana –y a lo largo de la pared, que un lejano destello teñía de color carmesí–, y cómo se acercaban a ella. Mi padre dio un grito de cólera y desesperación, pero en ese momento se dejó oír muy cerca una algazara de voces, y, de pronto, ante las ventanas iluminadas de la tienda aparecieron rostros convulsionados por risas y palabras, que aplastaban su nariz contra los cristales. Mi padre, a quien la excitación había puesto un rubor carmesí en la cara, se encaramó sobre el mostrador. Y cuando la muchedumbre asaltaba esa fortaleza y sitiaba ruidosamente la tienda, mi padre se subió a los anaqueles más altos, y, una vez allí, mirando a la muchedumbre desde las alturas, comenzó a soplar con todas sus fuerzas una enorme trompeta, tocando a rebato. Pero la bóveda no resonó con el ruido de las alas arcangélicas que volarían en su ayuda: en vez de eso, a cada gemido de la trompeta respondía el coro burlón de la muchedumbre.

–¡Vamos, señor Jakub, a la tarea! Vamos, señor Jakub, a vender!– clamaban todos, y esa admonición, repetida una y otra vez, se convertía en un rítmico discante, poco a poco se transformaba en un estribillo entonado a coro. Entonces mi padre se dio por vencido, abandonó de un salto el voladizo de la cornisa en la que estaba situado, y, entre gritos, se lanzó contra la barricada de paños. Crecido por la ira y avanzando con la cabeza inclinada con la misma violencia que un puño amenazador, arremetió con la determinación de un profeta contra las barricadas de tela. Con todo el peso de su cuerpo hacía fuerza sobre las grandes balas de lana, las arrancaba de sus estantes, cargaba sobre sus hombros inmensas piezas de tela y las dejaba caer ruidosamente sobre el mostrador. Los fardos se desplegaban restallando en el aire y convirtiéndose



se en estandartes sin fin, los estantes escupían llamardas de paño a un lado y a otro, cascadas de paños, como obedientes a la vara de Moisés.

Así se derramaban las provisiones de los armarios, vomitadas con vehemencia, fluyendo como largos ríos. Aquella materia tornasolada de los anaqueles se vertía inconteniblemente sobre los mostradores y mesas, inundándolas de un velino caudal.

Poco después las paredes de la tienda desaparecieron bajo las poderosas formaciones de aquella cosmogonía de paño, bajo aquellas cadenas montañosas ahora convertidas en imponentes macizos. Algunos profundos valles se abrían entre las abruptas laderas, y en medio de aquel pathos atronador, comenzaron a surgir los contornos de nuevos continentes. El espacio de la tienda se había dilatado y convertido en un inmenso panorama de paisaje otoñal, colmado de lagos y de lejanías invernosas y, en ese decorado ilusorio, mi padre caminaba a grandes pasos, atravesando las llanuras y los valles de la mítica tierra de Canaán, con las manos abiertas y alzadas hacia el cielo en un gesto de profeta, como si modelara aquel paisaje con los arrebatos de su inspiración.

Y, abajo, al pie de ese Sinaí, que tenía su origen en la cólera del padre, el pueblo gesticulaba, gritaba, mercadeaba y alababa a Baal. Metían sus manos hasta los pliegues más profundos de aquel vellocino, unos a otros se mostraban los abigarrados paños echándoselos sobre los hombros, a modo de improvisados dominós y abrigos, hablando una babélica lengua.

Entonces destacó la figura de mi padre, crecido en su cólera, dominando desde sus alturas aquella concentración de mercaderes, fustigando a los idólatras con la lengua de fuego de su palabra. Y después, llevado por su arrebato, subió otra vez a los más altos anaqueles –reso-

antes andamios vacíos-, moviéndose ofuscadamente entre los mismos, turbado por las imágenes de lujuria que presentía desarrollarse a sus espaldas en los fondos de la casa. Finalmente, los dependientes consiguieron alcanzar el balcón de hierro a la altura de la ventana, y, apoyados contra la balaustrada, cogieron a Adela por la cintura –que seguía pestañeando cuando la sacaron a través de la ventana y arrastraba por el suelo sus esbeltas piernas, enfundadas en medias de seda.

Mi padre, afligido por tan abominable pecado, y envuelto en la cólera de su gesticulación, semejaba un apocalíptico paisaje; abajo, el inconsciente pueblo de Baal se entregaba a un desatado júbilo. Una vehemencia paródica, una epidemia de risas se apoderó de aquella multitud. ¿Qué seriedad podía esperarse de ellos, de aquella estirpe lenguaraz y cascarrona? ¿Qué comprensión podíamos pedirle –hacia las grandes preocupaciones de mi padre-, a aquellos charlatanes de feria que no cesaban de triturar la coloreada pulpa de las palabras? Sin prestar oídos a sus airadas y proféticas admoniciones, aquellos mercaderes vestidos con *bekiesz* de seda se inclinaban en pequeños grupos alrededor de las plegadas montañas de paño, valorando –excitados y entre risas– las cualidades de la mercancía. Aquel oscuro mercadeo devaluaba con su afilada lengua la naturaleza de tan riquísimo caudal de paño, la desmenuzaba y trituraba, y, finalmente –al rematarla– la hacía desaparecer.

En otro anaquel, ante las cascadas de paños claros, se agrupaban los judíos, vestidos con llamativos caftanes y gorros de piel. Eran los miembros del Gran Sanedrín, hombres venerables y llenos de unción, que, acariciando sus largas y cuidadas barbas, mantenían circunspectas y diplomáticas conversaciones. Mas, esa ceremoniosa conversación, esas miradas que se intercambiaban, estaban

imbuidas de un brillo de sutil ironía. Entre aquellos grupos deambulaba una fauna anónima e impersonal, sin rostro ni individualidad, que sólo llenaba los claros del paisaje, y hacía de fondo con su inútil guirigay de campanillas y sonajeros. Esa agitada *troupe* de arlequines y polichinelas, sin ninguna seria intención comercial, con sus bufonadas ridiculizó hasta el absurdo las transacciones, que, aquí y allá, se habían iniciado.

Poco a poco, cansada de su propia bufonería, aquella alegre tribu acabó desvaneciéndose en los confines más lejanos del paisaje, desapareciendo entre sus grietas y valles. Probablemente, uno tras otro, se perdían entre esas fisuras y pliegues, igual que los niños cansados de jugar desaparecen poco a poco en los rincones de una casa la noche de un gran baile.

No obstante, los patriarcas de la ciudad, miembros del Gran Sanedrín, se desplazaban en grupos llenos de solemnidad y unción, manteniendo entre ellos serias controversias en voz baja. Dispersándose a través de ese país inmenso y rocoso, recorrían –en grupos de dos o tres– los abruptos y lejanos caminos. Sus menudas y oscuras siluetas poblaban aquella meseta desértica sobre la que colgaba un cielo ónque cargado de densas nubes, labrado en largos surcos paralelos, de estelas blancas y argentadas, que descubría en su fondo, una y otra vez, nuevas configuraciones.

La luz de la lámpara creaba un día artificial en aquel paisaje: un día extraño, sin aurora ni crepúsculo.

Poco a poco mi padre se serenaba. Al fin su ira acababa sedimentándose, coagulada, en las capas del paisaje. Ahora se hallaba sentado en los anaqueles más altos, y contemplaba ese vasto paisaje otoñal. Alcanzaba a ver una escena de pesca que se desarrollaba en aquella región lacustre. En las frágiles cáscaras de las barcas



había dos pescadores, que hundían sus redes en las aguas. En la orilla, los muchachos portaban sobre sus cabezas cestos de mimbre llenos de peces argentados y reverberantes.

Fue entonces cuando vio a aquellos grupos que deambulaban en la lejanía y alzaban sus cabezas hacia el cielo, señalando algo con sus manos levantadas.

Súbitamente el cielo se cubrió con una erupción tornasolada, de manchas ondulantes, que parecían aumentar de tamaño y proliferar, y, entonces, los espacios celestes se vieron asaeteados por una insólita tribu de pájaros que daban vueltas en el aire formando grandes espirales. Todo el espacio estaba colmado por sus patéticos vuelos, su batir de alas y las majestuosas líneas que trazaban sus balanceos silenciosos. Algunos de ellos, como enormes cigüeñas, bogaban inmóviles sobre sus alas extendidas; otros, semejantes a penachos arcoirisados de bárbaros trofeos, aleteaban pesada y torpemente para poder mantenerse en aquella corriente de aire tibio; finalmente, otros, amorfos manojos de alas, patas y cuellos desplumados, recordaban a cóndores y buitres mal diseccionados, perdiendo definitivamente sus entrañas de serrín. Entre toda esa tribu había pájaros de dos cabezas, y pájaros de muchas alas, y también los deformes, que cojeaban en el aire con el vuelo torpe de una sola ala. Muy pronto el cielo pareció virar y conformarse como un fresco antiguo, colmado de insólitas figuras y de quiméricos animales, que daban vueltas, se entrecruzaban y regresaban de nuevo, trazando elipses de color bajo la bóveda de azur.

Mi padre abandonó su postura y se puso en pie, aureolado por una súbita luminosidad, y elevó los brazos hacia aquellos pájaros llamándolos con una ancestral fórmula mágica. Profundamente conmovido, los reconoció. Era la

descendencia lejana y olvidada de aquella generación de pájaros que Adela había arrojado a los cuatro puntos cardinales. Y ahora regresaba, desnaturalizada, en proliferación insólita, aquella artificial progenie, aquella tribu de pájaros deformes, degenerada y vacía.

Anormalmente crecidos, siniestramente aumentados de tamaño, aquellos pájaros estaban vacíos y carecían de vida interior. Toda su vitalidad fue a parar a su plumaje, deviniendo así algo quimérico. Era como un inmemorial museo de golems, como los elementos residuales del Paraíso de los Pájaros.

Algunos volaban de espaldas, tenían pesados y deformes picos parecidos a candados y cerrojos, con excrecencias de distintos colores, y, además, eran ciegos.

Cómo se emocionó mi padre ante aquel inesperado retorno, cómo se maravilló ante el instinto de esos pájaros, ante su apego al Demiurgo, que aquella tribu rechazada había alimentado en su alma como una leyenda, para regresar al fin al cielo de su patria inmemorial, después de numerosas generaciones, el último día antes de la extinción de la estirpe.

Aunque esos pájaros ciegos, como de papel *mâché*, ya no podían reconocer a mi padre. En vano él los llamaba utilizando ancestrales conjuros, y también en vano les hablaba el lenguaje olvidado de los pájaros: no le oían, no le veían.

Repentinamente, comenzaron a silbar piedras por el aire. Eran los chirigoteros, casta estúpida y desconsiderada que comenzó a lanzar su arsenal contra ese fantástico cielo de pájaros.

En vano mi padre les advertía, en vano les suplicaba con gestos mágicos: no le oían, no respondían a su conjuro. Y los pájaros comenzaron a caer. Alcanzados por las piedras se desplomaban, inertes, marchitándose todavía en



el aire. Antes de caer sobre la tierra ya no eran más que un informe manojo de plumas.

En un instante, la meseta se cubrió con aquella extraña, fantástica carroña. Antes de que mi padre alcanzase el lugar de la matanza, aquella –antaoño espléndida– tribu de pájaros, yacía muerta, amontonada sobre las rocas.

Y únicamente ahora –de cerca–, mi padre pudo darse cuenta de la pacotilla de aquella generación depauperada, y de lo ridículo de su infausta anatomía. Sólo habían sido grandes manojos de plumas rellenos de vieja carroña. En muchos de ellos ni siquiera se distinguía la cabeza, puesto que en esa parte deforme de sus cuerpos no había huella alguna de la presencia del alma. Algunos estaban cubiertos con un pelaje enmarañado y áspero, como los bisontes, y apestaban. Otros recordaban a camellos jorobados, calvos y carroños. Finalmente, otros más estaban hechos probablemente con una cierta clase de cartulina, vacíos por dentro y de abigarrados colores por fuera. Algunos, de cerca, no eran más que enormes colas de pavo real, abanicos ocelados, a los que de extraña manera alguien le había insuflado una apariencia de vida.

Pude ver el infeliz regreso de mi padre. El día artificial se teñía poco a poco con los colores de un amanecer cotidiano. En la desolada tienda los anaqueles más altos se saciaban con las tonalidades del cielo matinal. Entre los fragmentos del apagado paisaje, entre los bastidores derribados del decorado nocturno, mi padre vio despertarse a los dependientes. Se levantaban de entre las balas de paño y bostezaban al sol. En la cocina, Adela, aún transpirando el vaho cálido del sueño nocturno y con los cabellos en desorden, molía café en un molinillo que apretaba contra su blanco seno, comunicándole a los granos triturados su brillo y su calor. El gato se lavaba al sol.

